

## CHINA POPULAR Y LA NUEVA POLITICA DEL MUNDO OCCIDENTAL Y JAPON

No se comprende por qué la declaración del presidente Carter y el comunicado oficial del 16 de diciembre de 1978 sobre la normalización de las relaciones entre Washington y Pekín, que fue un hecho el 1 de enero, provocó sorpresa similar a la provocada en 1939 por la firma del Pacto germano-soviético. Tal normalización se leía entre líneas del comunicado chino-norteamericano de Shangai del 28 de febrero de 1972. Suscrito al finalizar el viaje a China Popular del presidente Nixon, ponía término al propósito de «contener» a ese inquietante país e iniciaba un cambio radical de los planteamientos políticos y estratégicos en Asia, singularmente en el sureste asiático. En aquel comunicado, como en un dúo de ópera, las dos voces se distinguían, aun armonizándose. Así, la voz china era la habitual en tiempos de Mao Sedong, o sea, de apoyo sin reservas a los puntos de vista del Vietcong, entonces en lucha contra Vietnam del Sur y sus aliados norteamericanos, y de airada protesta por el militarismo japonés. La voz norteamericana, curiosamente, adoptó el tono de los diez principios que los chinos lograron incluir en las declaraciones de la Conferencia de Bandung (1955). En definitiva, sin eludir las inevitables diferencias, el comunicado de Shangai hacía hincapié en el propósito de evitar los peligros de conflictos bélicos, en el de oponerse a la hegemonía en el Pacífico y en el de progresar hacia la normalización de las relaciones entre las partes. Es más, los Estados Unidos se avenían a aceptar la tesis sustentada por China Popular respecto a Formosa o Taiwan al figurar en el comunicado: «Los Estados Unidos reconocen que todos los chinos de ambos lados del estrecho de Formosa sostienen que no hay más que una China y que Formosa forma parte de esta última.» Desde luego, Washington preconizaba una solución pacífica del problema, lo que implicaba «la retirada de todas las fuerzas e instalaciones militares», por lo que los Estados Unidos «reducirían gradualmente sus fuerzas e instalaciones militares en Formosa cuando disminuyera la tensión en la zona»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ya en 1972 los Estados Unidos empezaron a retirar fuerzas de Taiwan y dismantelar instalaciones militares.

Indudablemente, desde que accedió al poder el equipo capitaneado por Hua Guofeng, en el que desempeña el papel de Chou En-lai el notablemente inteligente, pragmático y dotado de poca común fuerza de voluntad Deng Xiaoping<sup>2</sup>, en China Popular se ha rebajado la tensión originada por una fiebre revolucionaria que, suscitando estériles convulsiones, llevaba al dragón a morderse la cola. La nueva situación ha permitido a Washington emprender decididamente la política bosquejada por el presidente Nixon. El fue quien desbrozó un camino allanado por la pertinaz disputa ideológica-fronteriza existente desde 1969 entre China Popular y la Unión Soviética. La muerte de Mao Sedong le puso el firme. Finalmente, la necesidad de convertir en realidad las «cuatro modernizaciones» o («movilizaciones») preconizadas por Deng Xiaoping y los choques armados entre Vietnam y Camboya impulsaron a transitar sin demora por ese camino, aun antes de la invasión a principios de enero del territorio camboyano por el ejército vietnamita y el Frente Unido Nacional de Salvación de Kampuchea o Funks<sup>3</sup>.

Así, en el pasado mayo, el señor Brzezinski, consejero del presidente Carter y miembro destacado de la Trilateral, viajó a Pekín para exponer los puntos fundamentales de la nueva política que respecto a China Popular se proponían desarrollar los Estados Unidos, Europa occidental y Japón<sup>4</sup>. Aunque para «salvar la cara» China impusiera ciertas condiciones, una de ellas que los Estados Unidos se inhibieran totalmente de la suerte de Taiwan, los dirigentes chinos no vacilaron en aprobar esa nueva política, rápidamente puesta en marcha, si bien la réplica soviética no se hiciera esperar. El 29 de junio la Unión Soviética abría de par en par las puertas del COMECON a Vietnam, nuevo miembro asiático de ese combinado y remedo de Plan Marshall y CEE. En realidad, el ingreso en el COMECON no supone para Vietnam una clara ventaja de orden económico, por cuanto esa organización no apunta exactamente a facilitar ayuda económica y financiera a los países miembros, sino a su integración en un vasto complejo de países socialistas, con distribución de los papeles debidamente planificada. En cambio, fortalece la posición de la URSS en orden a su política de penetración y asentamiento en el sureste asiático y de cerco puesto a China Popular, extremo éste que provocó la correspondiente reacción de Pekín. El 3 de julio cortó de raíz la sustancial ayuda que

<sup>2</sup> Nueva transcripción oficial del ideograma hasta el presente escrito: Teng Hsiao-ping.

<sup>3</sup> Radio Hanoi anunció el 3 de diciembre pasado la creación del FUNSK, comprensivo de un Congreso y un Comité Central de 14 miembros. No mencionó las fuerzas armadas.

<sup>4</sup> Los fundamentos teóricos de esa política, que puede denominarse «plan Brzezinski», figuran en su obra *Illusions dans l'équilibre des puissances*.

venía prestando a Vietnam al repatriar a sus asesores técnicos y suspender los suministros de víveres —en particular de arroz— y productos industriales. No tuvo que buscar pretextos para sancionar a su antiguo amigo, ampliamente ayudado durante su guerra contra Francia y posteriormente los Estados Unidos aliados de Vietnam del Sur. La expulsión del territorio vietnamita de los «hoa», o vietnamitas de origen chino establecidos en el antiguo Tonkin, y el hostigamiento de que era objeto su protegida Camboya parecían ser razones justificadas de reacción hostil<sup>5</sup>.

Punto culminante de la primera fase de esa gran operación política que es la nueva situación de China Popular con relación a los Estados Unidos y Japón había de ser el Tratado de paz y amistad chino-japonés. Suscrito el 12 de agosto de 1978 y ratificado en Tokio el 23 de octubre, a principios de verano el presidente Carter manifestó singular interés por ese tratado. No había surgido por generación espontánea ni por presión de los Estados Unidos. Desde los albores de la República Popular, Pekín y Tokio desplegaron cautos y pacientes esfuerzos de aproximación para lograr una cooperación comercial, industrial, técnica y financiera entre los dos países, de los que es un tópico decir que son complementarios en lo económico. El año pasado habían cuajado a nivel de acuerdos de índole privada en cuantía nada desdeñable. Así en febrero de 1978 se había firmado en Pekín un acuerdo comercial entre la siderurgia japonesa y China Popular por ocho años y por un importe de 20.000 millones de dólares. Pero el respaldo del Tratado de paz y amistad amplía notablemente las perspectivas de cooperación fructuosa para ambas partes, al extremo de que se prevé hasta 1990 intercambios por un importe de 80.000 millones de dólares. De otra parte, la Nippon Steel se ha comprometido a suministrar a China, antes de una década, un complejo siderúrgico a establecer cerca de Shangai y cuya capacidad de producción programada será de seis millones de toneladas anuales, y otro cerca de Pekín, que será el más importante del mundo. Asimismo, Japón se ha comprometido a asegurar la formación técnica de varios miles de

<sup>5</sup> Los chinos o descendientes de chinos afincados en Tonkin o Laos han sido motivo de preocupada protección por parte de las autoridades de su patria de origen, sean éstas nacionalistas o comunistas. Se vio a raíz de la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial, cuando las fuerzas francesas trataron de reasumir el control de la entonces llamada Indochina. En efecto, de conformidad con los acuerdos de los «cuatro grandes» (Estados Unidos, Gran Bretaña, Unión Soviética y China), las tropas chinas recibieron el encargo de desarmar e internar las fuerzas japonesas al norte del paralelo 16, así como de velar por el mantenimiento del orden, hasta que Francia las relevara. Alegando en particular los riesgos, perjuicios y daños a que estaban expuestos sus compatriotas en Indochina, costó un sinnúmero de gestiones y negociaciones, pacientes y tenaces, de las autoridades francesas que las tropas chinas se retirasen más allá de la frontera. Vid. RAOUL SALAN: *Mémoires: La fin d'un Empire*. Presses de la Cité, París, 1970.

jóvenes chinos destinados a hacerse cargo del funcionamiento de las industrias instaladas en su país. El viaje a Tokio de Deng Xiaoping y su esposa, del 22 al 26 de octubre, viaje durante el cual el emperador Hiro-Hito recibió en audiencia al antiguo comisario de los tiempos heroicos de la Larga Marcha y la lucha armada contra Japón y el abrazo que ante las cámaras de la televisión le dio el primer ministro japonés, Takeo Fukuda, son pruebas anecdóticas, pero significativas, de un entendimiento orgánico y fundamental para hacer frente al «imperialismo soviético» o «hegemonía», como dicen los chinos al referirse a la URSS, introduciendo, al parecer, una palabra china muy en uso en tiempos de la dinastía Chang (1700-1100 a. C.) para referirse a sus muchos adversarios, considerados pueblos sin virtud y ávidos de destrucción.

Este cerrar filas frente a los avances soviéticos, que es el hondo sentido de la política pergeñada por Kissinger, desarrollada, modificada y puesta en su punto por Brzezinski, no compromete sólo a Japón y eventualmente a otros países asiáticos. Cuando menos en el ámbito del desarrollo económico acelerado de China Popular incluye a países occidentales. Así, Alemania Federal venderá a China un gigantesco complejo siderúrgico susceptible de producir 10 millones de toneladas anuales de acero y, en viaje a Pekín en el pasado mes de noviembre, el ministro italiano de Comercio Exterior ofreció un crédito de 1.000 millones de dólares en condiciones ventajosas. Otro tanto hizo su colega británico, seguido de cerca por el ministro francés de Comercio, señor Deniau, quien el 4 de diciembre firmó un acuerdo a largo plazo para el desarrollo de las relaciones económicas y de cooperación en los sectores petrolífero, aeronáutico, de transportes, hostelería, etc., por un importe de 60.000 millones de francos durante los siete próximos años, aparte de concertarse la compra por China Popular de dos reactores de 900 MW. Por cierto, el ministro italiano coincidió en Pekín con el secretario norteamericano de la Energía, James Schlesinger, comisionado para concretar proyectos de cooperación chino-norteamericanos, que en anterior misión exploratoria había considerado el consejero científico del presidente Carter. Se trata de una imponente lista de proyectos relativos a la explotación de minas de carbón, aprovechamientos hidráulicos y de puesta en valor de ricos yacimientos de petróleo e investigación en materia nuclear. En suma, entre los meses de mayo y noviembre del pasado año—viajes a Pekín de Brzezinski y Schlesinger—el mundo ha asistido a un asombroso espectáculo, inimaginable hace tan sólo una década, el de la potencia capitalista de los Estados Unidos, Japón y Europa occidental volcada en

favor de China comunista para ayudarla a desarrollarse, ponerse al día a marchas forzadas y, de cumplirse lo programado, a convertirse en superpotencia a finales de siglo. Ahora bien, la cuestión no estriba sólo en que el centro de gravedad de la política mundial, desplazado en su día de Europa al Atlántico, tienda ahora a situarse en Asia, sino de las consecuencias, previsibles unas, imprevisibles otras, que puede acarrear una operación que se ha comparado con una jugada de póquer.

Porque tal como podía darse por sentado, a la URSS no se le ha pasado por alto o sutil los objetivos de la operación iniciada, ni ha permanecido pasiva ante el hecho de que en su flanco asiático «los medios imperialistas agresivos siguen actuando», como dijera el mariscal Ustinov, ministro soviético de Defensa, con motivo del LXI Aniversario de la Revolución de Octubre. De ahí que la Unión Soviética se haya apresurado a disparar las baterías de una aparente ayuda económica, concluyendo con Vietnam una serie de acuerdos de clara índole estratégica, relativos al desarrollo de su red ferroviaria, puentes y carreteras, además de prever una más estrecha cooperación en materia científica y cultural. Remata tales acuerdos el espectacular Tratado de amistad y cooperación entre la URSS y Vietnam, ratificado en Moscú el 3 de noviembre. Es contraataque al Tratado chino-japonés, a tomar en cuenta. En suma, puede estimarse que actualmente y en un primer tiempo, los dos bloques de la bipolaridad están fraguando dos coaliciones con sus respectivos adalides, aliados, protegidos, intereses y objetivos, indudablemente antagónicos. Tal confirma el hecho de que el Tratado soviético-vietnamita se haya completado con importantes planes de asistencia militar, derivados de las conversaciones entre el ministro soviético de Defensa, mariscal Ustinov, y el jefe del Estado Mayor General de Vietnam, general Van Thien-Dung. Lo sucedido en Camboya, picoteada y hostigada durante meses y meses hasta, finalmente, invadirla y expulsar de Phom-Penh al gobierno de Pol Pot, lo que sin el firme apoyo de Vietnam no hubiera logrado el llamado Ejército de Liberación, es prueba patente del buen funcionamiento del apoyo soviético a Hanoi y un revés infligido al amor propio y seguridad de China Popular, impotente para impedir el derrocamiento del régimen camboyano al que otorgaba su protección. La firma el 16 de febrero de un Tratado de alianza entre Vietnam y Camboya remata la bien planeada operación, aparte de dar consistencia al viejo sueño de Ho Chi-Min de reconstituir la antigua Indochina bajo la dirección de Hanoi.

Desde luego, China no admite su derrota por Camboya interpuesta.

y parece determinada, cuando menos, a alimentar y alentar la guerrilla jemer del derrocado gobierno de Pol Pot. Según parece a la hora de redactar, sigue manteniendo actividad, por confusas y contradictorias que sean las noticias sobre el desarrollo de una lucha que podría ser el Vietnam... de Vietnam en opinión de algunos comentaristas. Sin embargo, al no tener fronteras comunes con China ni mostrarse Tailandia dispuesta a ser vía de tránsito, no se evidencia la posibilidad a largo plazo de la victoria de las huestes de Pol Pot. La guerrilla sólo puede subsistir contando con un país amigo y fronterizo que es a un tiempo santuario y fuente de suministros. Pero en el supuesto de que la guerrilla jemer tuviere visos de lograr una victoria, no cabe descartar una implicación de la URSS en el conflicto. Tal dejan traslucir estas palabras del mariscal Ustinov en su ya mencionado discurso de aniversario de la Revolución de Octubre: «Los dirigentes chinos —dijo— con finalidades hegemónicas se alían con las fuerzas más reaccionarias en perjuicio de los movimientos de liberación», esos movimientos de liberación que, obvio es decirlo, la URSS apoya, cuando no suscita, allí donde sirven sus intereses nacionales, aunque los abandone a su suerte sin contemplaciones al aconsejárselo su conveniencia. Así el Tratado de amistad y cooperación suscrito el pasado noviembre entre la URSS y Etiopía dio al traste con el apoyo a los movimientos de liberación de Eritrea y Ogadén, respaldado éste por Somalia. Caso de que alguna duda quedara en cuanto a la decisión soviética de no claudicar ni retroceder en caso de grave amenaza en el sureste asiático o cualquiera otra área del mundo, el mariscal Ustinov precisó: «... la URSS sigue manteniendo una gran vigilancia y refuerza la capacidad defensiva de sus fuerzas armadas». No descubriría un secreto, en particular para el dimitido general Haig, comandante de las Fuerzas de la OTAN en Europa, que no oculta su temor de que dentro de dos o tres años la superioridad militar de la URSS pueda ser factor decisivo en la valoración soviética del resultado favorable de un choque armado<sup>6</sup>. En todo caso, en el sureste asiático es evidente que la alianza de la URSS y Vietnam brinda a las fuerzas aéreas y navales soviéticas una base operativa que no sólo constituye una amenaza para China, sino que permite controlar todos los países del área, o sea, de llevar a cabo «el acto de propaganda por el hecho», según la fórmula de los anarquistas, que tanta repulsa merecen por parte de los comunistas.

<sup>6</sup> En discurso pronunciado el 17 de enero en la Unión Política de Yale, el general Haig insistió en su alarma ante el poderío militar soviético, diciendo «que ha provocado un cambio en la naturaleza de la amenaza misma».

Para neutralizar semejante amenaza, China cuenta en primer término con Japón, cuyo militarismo en tiempos se desgañitó a denunciar, en tanto que actualmente lo aplaude con entusiasmo y celebra que el gobierno de Tokio haya aprobado el pasado 28 de noviembre los nuevos principios de coordinación militar con los Estados Unidos a nivel de Estados Mayores y en el marco del Tratado de Seguridad nipo-norteamericano de 1951, revisado en 1960 para convertirlo en verdadera alianza militar. El Tratado chino-japonés y la normalización de las relaciones entre Washington y Pekín no sólo han modificado lo que cabía calificar de equilibrio trilateral en el Pacífico: confunde prácticamente en un solo conflicto los conflictos chino-soviético y norteamericano-soviético, a su vez afectados por la tensión nipo-soviética, acentuada en febrero en razón de la reivindicación japonesa de los territorios detentados por la URSS.

Estamos, pues, en presencia de una nueva Asia y también de un nuevo contexto político susceptible de alterar el frágil equilibrio existente, es decir, de abocar acaso el mundo a trascendentales acontecimientos que se hurtan a la voluntad de los dirigentes, sean éstos norteamericanos, soviéticos, chinos, japoneses, vietnamitas o europeos, aunque tal no admitirían éstos ni sometidos a la cuarta pregunta. Mientras tanto, cada cual persigue sus objetivos y vela por sus intereses nacionales, si bien no puede determinarse con precisión cuál será la estrategia adoptada a corto o largo plazo para lograrlos. Sólo se impone que se dan las condiciones para que cunda la psicosis de cerco en China y en la URSS, lo que entraña el riesgo de una acción emprendida para romperlo. La irrupción de fuerzas armadas chinas en territorio vietnamita, los consiguientes choques armados, el incremento de fuerzas de la URSS en la frontera con la región autónoma de Sinkiang—corazón nuclear de China—y los barcos de guerra soviéticos en el golfo de Tonkín, que atrajeron la vigilancia de la flota norteamericana, sugirieron en su día el riesgo de una confrontación a gran escala. Sin embargo, paulatinamente, se aplacaron los temores y se rebajó el tono del griterío, lo que no equivale a decir que el problema está resuelto, por cuanto no hay evidencia de que las tropas chinas han abandonado totalmente el territorio que Hanoi estima ser vietnamita y China acaso tenga por territorio chino. La historia no muy lejana tiene incidencia en esta imprecisión territorial. En efecto, cuando Francia inició en 1868 su penetración en Tonkín, tropezó de entrada con tropas y bandas chinas, pues Pekín reivindicaba un derecho de soberanía sobre ese territorio y el emperador del Celeste Imperio tenía por vasallo al emperador de Annam, comprensivo del Ton-

kin. China tuvo por nulo el Tratado de paz y alianza suscrito en 1874 entre Francia y el emperador de Annam que, por cierto, hizo cuanto estuvo en su poder para no respetarlo. Sólo después de destruir la flota china y ocupar Pescadores, Francia consiguió que China firmara el Tratado de Tien-Tsin (1885) por el que China se comprometía a no traspasar las fronteras con Tonkin, cuya delimitación corrió a cargo de una Comisión que empezó a actuar a raíz de la firma del Tratado. En esa delimitación quizá esté la explicación de que no resulte demasiado clara la naturaleza china o vietnamita de determinados sectores fronterizos<sup>7</sup>. De otra parte, en la somnolencia conflictiva entre China y Vietnam puede afirmarse que ha tenido importante influencia el viaje a Pekín del secretario del Tesoro, señor Blumenthal, pues hizo ver a Deng Xiaoping que la «lección» infligida a su vecino hacía aleatorias las perspectivas de ayuda económica norteamericana a China. Era éste un argumento de peso, capaz de alejar el riesgo de confrontación a gran escala, que a un momento dado no fue puro dislate, aun cuando la ayuda del mundo occidental, en particular la europea, para aumentar la capacidad militar de China apuntara a garantizar la paz —o no guerra— merced a una disuasión fortalecida por el equilibrio<sup>8</sup>.

Pero aún dando por conseguida cierta estabilidad en el área oriental de Asia, no cabe dar por resuelto el problema de «contener» los avances de la URSS, cuya política y estrategia global tienen singular continuidad y método, junto al arte de eludir conflictos que la comprometan directamente. Así, desde el término de la II Guerra Mundial, además de establecer su predominio en la Europa del Este, con excepción de Yugoslavia hasta ahora, la URSS ha conseguido hacerse presente en el Caribe, influir directa o indirectamente en ciertos países de Africa, tanto del Norte como Subsahariana, con especial mención del llamado Cuerno de Africa<sup>9</sup>. Actualmente ha sentado las bases para campar por sus respetos en el sureste asiático y, de dar crédito a las palabras de Deng Xiaoping durante su estancia en Tokio, la situación existente en Irán era precursora de la suerte que pueden correr Arabia

<sup>7</sup> Además de estos hechos históricamente próximos, hay que el imperio de Annam, comprensivo de lo que se ha venido llamando el Tonkin, capital, Hanoi, salvo esporádicos períodos de independencia —algunos muy cortos—, estuvo bajo la denominación china desde 117 a. C. hasta 1427 d. C.

<sup>8</sup> Pero es de observar que no bien se aireó la posibilidad de que Alemania Federal, Francia y Gran Bretaña vendieran armas a China Popular, la Unión Soviética suministró a Cuba aviones «Mig 23» de geometría variable, cuya velocidad máxima es de Mach 2. Ciertos modelos pueden ser portadores de un misil nuclear táctico.

<sup>9</sup> En el Plenum del Comité Central del 25 de octubre de 1976, Breznev invitó a los Estados Unidos a «tomar en cuenta la real relación de fuerzas en el mundo para determinar su política, singularmente en Africa, donde la creciente evolución ha reforzado el campo socialista».



Saudita, Pakistán y la India<sup>10</sup>, por cuanto la de Afganistán es asunto que no tiene vuelta de hoja desde abril de 1978.

Cierto es que en el cauteloso progresar de la URSS por el mundo hay que registrar un fracaso mayúsculo: la desvinculación y creciente hostilidad de China, generadora de un conflicto latente. Hace correr el riesgo de que ninguna de las dos partes en litigio desista de zanjarlo. Pero China Popular no está en condiciones a corto o medio plazo de afrontar la prueba, pese a las masas humanas que tiene y puede tener bajo las armas, aparte del arma nuclear que, con todo, no inmuniza a China de destrucciones insufribles. Tal explica que Yeh Chien-ying, vicepresidente del Comité Central del PCC, con motivo del XX Aniversario de la Academia Militar (15 mayo 1978), haya dicho: «Para modernizar nuestra defensa nacional es muy importante desarrollar las técnicas militares avanzadas y mejorar los armamentos... Tenemos que adoptar las realizaciones modernas y estudiar los nuevos problemas sin confinarnos en la rutina... Hay que introducir por selección las experiencias positivas del extranjero en materia militar... La actual situación del mundo es inquietante. Por ello debemos ganar tiempo para llevar a cabo la edificación del Ejército y la defensa nacional»<sup>11</sup>.

La mejor manera de ganar tiempo es no perderlo aplazando la puesta en práctica de las decisiones. Es lo que han hecho los dirigentes chinos que, desde la pasada primavera, han desplegado gran actividad político-viajera, inicialmente por los países del ASEAN, hostiles a Hanoi debido a su vinculación a la URSS, lo que les ha llevado a volver sus miradas hacia China Popular. Salvo en el caso de Indonesia, todos los jefes de Estado de esos países han visitado Pekín. Es de observar que, a su vez, Hanoi se ha esforzado por atraer a los países del ASEAN, pues antes que los dirigentes chinos, el primer ministro vietnamita, Fan Van Dong, había hecho los mismos viajes, y en julio de 1978 el viceministro vietnamita de Asuntos Exteriores, Fam Hiem, propuso la creación de una nueva organización de los países del sureste asiático comprensiva de los miembros del ASEAN (Filipinas, Malasia, Singapur, Indonesia y Tailandia), más los tres países de la ex Indochina francesa y Birmania, quedando así excluidos Japón y China.

<sup>10</sup> El viaje a la India de Alexei Kosiguin a primeros de marzo se centró en el propósito de dar pábulo a la cooperación soviética en el subcontinente y en hacer fracasar los esfuerzos de Pekín para acercarse a Nueva Delhi.

<sup>11</sup> La preocupación por modernizar el Ejército chino viene de lejos. Ya en 1952, Hsiao Hua, director adjunto del Departamento político del Ejército, se refirió ante el Comité Central de la Conferencia consultiva: «al Ejército Popular de Liberación, en marcha hacia su modernización». Vid. JACQUES GUILLARMAE: *Le parti communiste chinois au pouvoir* (1 de octubre de 1949-1 de marzo de 1972), Payot, Paris, 1972.

La propuesta no tuvo mayor éxito que la machaconamente propuesta soviética de creación de un sistema de seguridad colectiva en Asia, cuya máxima beneficiaria sería la URSS. Tal sistema le permitiría tener categoría de potencia asiática—lo que le niega rotundamente China—<sup>12</sup> a la vez que consagraría el *statu quo* fronterizo, llevándose así al archivo las reivindicaciones territoriales chinas y japonesas. Es decir, que el proyecto soviético de seguridad colectiva tropieza con dificultades dados los planteamientos políticos actuales en Asia oriental y sureste asiático, donde la retirada militar norteamericana no equivale a ausencia y desinterés. Lo evidencia el entusiasmo y energía con que los Estados Unidos han emprendido con China, y asimismo con Japón, una política cuya decisión contrasta con las sucesivas y vacilantes políticas practicadas hasta ahora en esas áreas y en otras. Para los soviéticos, los Estados Unidos han iniciado una fase de «guerra fresca»<sup>13</sup>. Algunos comentaristas occidentales califican de «realpolitik» una política basada en la puesta a disposición de China de toda la capacidad financiera, comercial, técnica, científica y, en parte, militar del mundo occidental o libre para dar a aquel gigantesco país la posibilidad de convertirse hacia el año 2.000 en superpotencia capaz de poner jaque o, cuando menos, mantener a raya a la URSS, conteniendo sus avances al constituirse en segundo frente potencial cuya decisiva importancia es obvio subrayar.

Teóricamente impecable, esta visión de futuro y ordenamiento de los hechos conforme a la voluntad y cálculos de la administración norteamericana, del señor Brzezinski o del *brain trust* vinculado a la Trilateral, deja amplio margen a una serie de interrogantes. En primer término, la URSS, que dispone del más terrible arsenal bélico de todos los tiempos, ¿dejará a China Popular los diez, quince o veinte años que ésta necesita para dotarse de una potencia militar igual o superior a la suya? De no ser disparatada la pregunta, la contestación negativa parece imponerse. La concentración de tropas que, según los medios informativos, la URSS llevó a cabo en la frontera con China durante el conflicto chino-vietnamita, afortunadamente no pasó de ser un toque de atención, un recordatorio de que las fuerzas armadas soviéticas estarían detrás de un Vietnam en apuros, aunque el tratado suscrito entre Moscú y Hanoi no prevea un compromiso automático de ayuda en caso de agresión y sólo «consultas»<sup>14</sup>. La resistencia vietna-

<sup>12</sup> Motivo por el que la URSS estuvo ausente de la Conferencia de Bandung.

<sup>13</sup> Según estimó *Pravda*, comentando el discurso pronunciado por el presidente Carter en Annapolis el 7 de junio de 1978, del que dedujo la adopción de la nueva política con China Popular.

<sup>14</sup> Idéntica medida precautoria figura en el Tratado suscrito con Etiopía. De ahí que el corresponsal en Moscú de *L'Humanité*, de París, pudiera escribir: «La panoplia de iniciativas

mita, de una parte, y, de otra, las presiones norteamericanas y la toma de conciencia por China del error psicológico de ensañarse con Vietnam, han limitado el conflicto y acaso echado en olvido la alerta que provocó y que pudo poner en peligro la nueva fase de relaciones entre China Popular, los Estados Unidos, Japón y el mundo occidental, así como la esperanza de que el régimen comunista chino evolucione progresivamente hacia una liberalización favorable al desarrollo de una civilización de consumo que, dada la amplitud del mercado, encandila a los hombres de negocios, las grandes empresas y las multinacionales que, en carrera en pelo, han acudido a ofrecerse a los dirigentes chinos. Sin embargo, todo indica que por muchos millones de seres humanos que pueblen China, su capacidad adquisitiva es menguada, de suerte que el soñado comercio con ese país estará preferentemente centrado en el sector de grandes complejos industriales y en el de prospecciones petrolíferas, la investigación minera y la maquinaria agrícola.

Por supuesto, para el mundo de la finanza y los negocios, esa internacional capitalista comparable y opuesta a la internacional proletaria del comunismo, el planteamiento teórico y optimista de los resultados inmediatos de la nueva política con China del mundo occidental encabezado por los Estados Unidos, da la impresión de no tomar en cuenta el hecho de que si las dos superpotencias tienen roces y tensiones por doquier en el mundo, es en Asia donde podrían estar en más directo y peligroso contacto, sin que ello implique, en criterio de comentaristas calificados, que si por desgracia para la humanidad estallara la III Guerra Mundial hubiera de estallar precisamente en Asia, por cuanto no escasean las áreas del mundo donde los conflictos potenciales afectarían vitales intereses nacionales. El golfo Pérsico o Arábigos es una de esas áreas.

Frente a la eventualidad de un choque frontal en defensa de intereses vitales, los Estados Unidos han adoptado sucesivas políticas. Ninguna ha conseguido cortar en seco los avances soviéticos. Así la política de «détente» o relajamiento de la tensión llevó a Helsinki. Sus resultados han sido, cuando menos, escasamente satisfactorios. De ahí que la administración Carter haya puesto en el telar la política inspirada en la filosofía de Brzezinski que tiende a brindar a la URSS la opción entre la confrontación o la cooperación. Para ambas, los Estados Unidos se declaran adecuadamente preparados<sup>15</sup>.

El acelerado acortamiento de distancias entre China Popular y el

posibles es lo bastante amplia como para permitir a Moscú mantenerse fiel a sus compromisos, aun evitando una extensión del conflicto.»

<sup>15</sup> Discurso del presidente Carter en Anápolis, 7 de junio de 1978.

mundo acaudillado por los Estados Unidos es aplicación práctica de esa política de cooperación, en realidad grandioso plan a escala mundial y largo plazo, destinada a asentar sólidamente la paz y la seguridad sobre los cimientos del desarrollo económico generalizado, la sociedad de consumo, la democracia según la fórmula norteamericana y, por supuesto, los derechos humanos, expresión de espiritualidad laica. Por lo pronto, en su fase inicial, tal política pone de manifiesto objetivos económicos y estratégicos, ya que al invitar a China a participar diseña una maniobra tendente a encajonar a la URSS entre el muro defensivo de la OTAN, la propia China y la potencia aeronaval norteamericana y japonesa en el Pacífico. La URSS no se ha privado de denunciar esa política que tanto como de los Estados Unidos es la de la Trilateral, aunque se lleve a cabo sin declaración conjunta, pero con notable disciplina desde los albores del año 1978.

En efecto, cual si mediara tácito compromiso, todos a la una han puesto a disposición de China Popular toda la capacidad de toda índole de los Estados Unidos, Europa occidental y Japón para auparla a la categoría de superpotencia en el plazo de unas pocas décadas. Aparte de la hermosa visión de armoniosa paz futura arretrepada en el bienestar que informa la política de la administración Carter, cálculos harto sórdidos han impulsado la gran operación de encarrilar a China hacia un desarrollo a marchas forzadas. A plazo corto, parece brindar grandes ventajas a los hombres de negocios engolosinados por el vasto mercado chino, que también atrae imperiosamente a los países industriales ansiosos de colocar su técnica y producción<sup>16</sup>. Pero ese mercado teóricamente dispuesto a absorber ingentes cantidades de variadas mercancías recuerda el cuento de la lechera, porque nada asegura que los 800 millones largos de chinos estén en condiciones de abalanzarse a la multitud de productos que lanza al mercado la inventiva de la sociedad de consumo. La instalación en Pekín de una fábrica de Coca-Cola acaso no pase de ser una concesión con vistas a conseguir otras instalaciones de la avanzada técnica norteamericana, más provechosa para China y su modernización. De otra parte, a más largo plazo, es de sospechar que los países del «mundo libre» abrigan la esperanza —o la ilusión— de que los miles de jóvenes chinos que cursen estudios o perfeccionen técnicas en sus universidades o escuelas, al regresar a su tierra natal, merced a su modificada mentalidad y especialización, provocarán una evolución tendente a restablecer una jerarquía social

<sup>16</sup> En lo que a los Estados Unidos respecta, los grandes intercambios previstos se verán afectados si Washington no concede a China la cláusula de «nación más favorecida». De concedérsela sería de imaginar la irritación de la URSS, que la espera desde 1972.

y, por consiguiente, una liberalización progresiva del igualitario sistema comunista. Completando este cuadro de feliz evolución de China Popular —esperanza implícita en la cooperación que le prestan los países del mundo occidental—, está la perspectiva de que convertida en gran potencia, ese país será en Asia el contrapeso a la influencia que la URSS ejerce en ese Continente. Finalmente, lograda la neutralización de China Popular en cuanto amenaza comunista, debido a su desarrollo y bienestar social, ¿cómo no confiar en que otros países comunistas se dejen convencer de las ventajas derivadas de la cooperación con el mundo democrático, de la que China sería ejemplo práctico? En todo caso, sin sentar cátedra de profeta, puede estimarse que, contrariamente a los actuales comunistas chinos —que en tiempos de Mao Sedong querían avanzar con «sus propias piernas»—, los dirigentes soviéticos no se detendrán a considerar las ventajas de esa experiencia de cooperación institucionalizada, limitándose a una experiencia parcial y temporal, a lo sumo. La rechazan por cuanto desde hace sesenta años largos, con sus métodos, no han cesado de dar pasos hacia adelante y ampliado su ámbito de influencia, lo que constituye el objetivo supremo de su acción por los cinco continentes. Cuando en lontananza la URSS estima vislumbrar la meta de la hegemonía mundial, ¿cómo va a desistir de proseguir por el camino emprendido?<sup>17</sup>

Otra es la trayectoria política de China Popular cuya revolución, desde sus inicios hasta los coletazos de la Revolución Cultural y la tarea de ordenar el caos que originó, no ha cesado de zigzaguear. No es el menos llamativo de esos zigzagueos el registrado después de la muerte de Mao Sedong y la consiguiente y paulatina «desmaoización» realizada por Hua Guofeng y Deng Xiaoping a partir de julio de 1977. Por cierto, puede equipararse a la «desestalinización» realizada por Jrushev. Libres del estorbo que constituía la radicalizada «banda de los cuatro», Hua Guofeng y Deng Xiaoping, el ideólogo y el pragmático, de común acuerdo y a la chita callando, han convertido el posmaoísmo en eliminación de las consecuencias de la Revolución Cultural y optado por el desarrollo económico, la industrialización, la reconsideración del sistema comunitario agrícola y la modernización del Ejército<sup>18</sup>. Asimismo han optado por cierta liberalización del

<sup>17</sup> Reveladora de la postura soviética frente a los ofrecimientos de cooperación, es la declaración hecha por Brzezinski al regresar de Pekín en mayo de 1978: «¡Qué lástima que la Unión Soviética no haya aprovechado la oportunidad de cooperar con nuestro gobierno con el mismo espíritu que el de China!...»

<sup>18</sup> Después del desastre del «Gran salto hacia adelante», Deng Xiaoping preconizó un retorno a la propiedad agrícola privada. En numerosas ocasiones, en particular con motivo de la Revolución Cultural, se vio acusado de querer «restaurar el capitalismo», por lo que

mundo intelectual, agobiado bajo el peso del exclusivo y excluyente «pensamiento Mao Sedong», el «Gran Timonel», del que se dice ahora a las claras que era un hombre —con sus limitaciones, se entiende— y no un dios<sup>19</sup>. Así, el *Libro Rojo* ya no figura a todas horas y ocasiones en manos de los chinos, invitados a otras meditaciones. Es más, el famoso libro tiende a sestar en los anaqueles de las bibliotecas. Otros síntomas de la evolución de China Popular hacia la occidentalización han llegado hasta nosotros, llenando sin duda de jubilosa esperanza de conversión muchos corazones: desfiles de modelos, apertura de peluquerías, progresivo abandono del uniforme «mao», fiestas seguidas de bailes, autorización para hacer publicidad y, en otro orden de ideas, manifestaciones callejeras, en particular, la de irridados campesinos que son irrefutables pruebas de la liberalización del régimen.

¿Equivale ello a decir que los dirigentes chinos han renunciado al marxismo-leninismo al tiempo que han desistido de que rija el país el exclusivo «pensamiento Mao Sedong»? Ni los escritos ni las palabras de Hua Guofeng permiten deducir que ha dejado de ser un marxista ortodoxo y el propio y flexible Deng Xiaoping dio muestras de no renunciar a su materialismo realista al declarar al Comité de senadores norteamericanos que lo visitó durante su viaje a los Estados Unidos a primeros de enero: «China no cree que sea útil la discusión entre naciones sobre los derechos humanos.» Por lo demás, Deng Xiaoping ha dado la callada por respuesta al pedirle Taipeh, para reintegrarse a la madre patria, que renunciara al marxismo-leninismo. En todo caso, con motivo del XI Congreso del PCC (12-18 de agosto de 1977), Hua Guofeng declaró: «Iremos hasta el final en prosecución de la revolución bajo la dictadura del proletariado; suprimiremos paulatinamente la burguesía y todas las demás clases explotadoras, aseguraremos el triunfo del socialismo sobre el capitalismo y lograremos nuestro objetivo final: el comunismo.» Asimismo expuso la necesidad de «educar y preparar a gran número de trabajadores a un tiempo rojos y expertos».

Por consiguiente, se imponen serias dudas en cuanto a un cambio en lo fundamental de las orientaciones de China Popular, cuya reciente liberalización posiblemente no pase de ser una sorpresa táctica destinada a ilusionar a un mundo del que sacará provecho en

---

hubo de hacer su autocrítica. Es decir, que los criterios de Deng Xiaoping en materia de economía son hoy los que eran anteriormente.

<sup>19</sup> Según la agencia France Presse del 19 de noviembre del pasado año, el presidente Mao se vió asociado de modo ofensivo a la «Banda de los Cuatro» en diversos «Xiaozibao» de Pekín y acusado de «lanzar una ofensiva general contra la causa de la revolución china».

beneficio propio. Todo cabe en el país inventor de las sombras chinas, en particular que, en razón del firme propósito de lograr un desarrollo generalizado, sus dirigentes hayan estimado la conveniencia de soltar el lastre de determinados principios del maoísmo que actuaban a modo de rémora, sin por ello abjurar de lo esencial de su ideología, en la que se imbrican los ideales revolucionarios y el amor a la patria china. Porque el férvido deseo de Mao Sedong era que China Popular fuese el faro luminoso que señala la tierra de la verdadera revolución que, desde luego, no es la soviética. Con su acción, en la que no faltaron los fracasos, y sus sueños, en ocasiones descabellados, no lo logró; lo que no pretende decir que sus sucesores hayan abandonado el proyecto de irradiar por el mundo entero su concepto de la sociedad, aunque sea, en un primer tiempo, merced a una ayuda foránea y capitalista, imprescindible a todas luces para que China se alce a la altura que se han propuesto sus dirigentes de ayer, de hoy... y, posiblemente, del mañana de los años dos mil.

De ahí que un amago de inquietud no pueda por menos que ensombrecer el ánimo ante la noticia de que el «mundo libre» ha decidido la gran apuesta de poner a China Popular en marcha hacia el futuro, basándose en la fiabilidad que le merece el anciano Deng Xiaoping en primer término y Hua Guofeng que, acercado al poder por «la Banda de los Cuatro», para alcanzar ese poder se deshizo de tal «banda» y se apoyó en los partidarios de Deng. Una vez afianzado Hua en lo que Stalin llamaba «la materialidad del poder», desaparecido por ley de vida el pragmático Deng, ¿puede vaticinarse con certeza el rumbo que tome la nave china? Lleno de tradicional sabiduría, de sonriente y cortés placidez, laborioso e inteligente, el pueblo chino, inesperadamente, se transforma en incontrolable masa vociferante. Así, a estas alturas, los más acreditados chinólogos no han logrado desentrañar de modo irrefutable los misterios de la Revolución Cultural. De otra parte, la reciente historia evidencia que ese gran país es terreno movedizo. La URSS tuvo oportunidad de comprobarlo, pese a sus reservas y celos frente al fenómeno revolucionario chino. Es muy dudoso que el mundo occidental se dé mejor maña para vincular ese vasto, interesante y sorprendente país al carro democrático.

En todo caso, la iniciada cooperación no dejará de plantear dificultades, pues no parece tarea sin problemas adaptar una economía liberal a una economía comunista, como es la china, por cuanto una economía basada en la iniciativa privada no encaja de entrada en

la planificación colectivista y estatal. Por lo menos, tal viene sucediendo con los aislados proyectos de cooperación con la URSS y demás países comunistas con los cuales, de otra parte, el volumen previsto de intercambios comerciales suele quedar por debajo de lo programado.

Finalmente, la implantación de industrias en China implica, en un primer tiempo, la presencia de técnicos especializados extranjeros que reflejan las estructuras sociales del mundo occidental, contrapuesta a la sociedad sin clases o que se pretende sin clases. ¿Influirán en el sentido de atenuar o modificar el ordenamiento social chino? Más bien es de suponer que la vigilancia del Partido Comunista hallará medios de soslayar el riesgo de que resulte minado el principio igualitario de la dictadura del proletariado, artículo de fe del credo marxista, quizá endureciendo su vigilancia<sup>20</sup>. Tampoco se evidencia que la cooperación en el ámbito de la economía con los países capitalistas incitará a los dirigentes chinos a tirar por la borda la dimensión revolucionaria de ese país y a renunciar al apoyo prestado a movimientos subversivos, en particular en el sureste asiático y Africa<sup>21</sup>. Puede descartarse que China adopte esa postura de inhibición y, de adoptarla, la sustituiría la URSS, lo que incrementaría la ya amplia zona de influencia soviética, argumento éste susceptible de convencer al «mundo libre» y sosegar la eventual intranquilidad que despierta la propaganda revolucionaria china. Colofón de las reservas que puede suscitar lo que de hecho es el plan de la Trilateral, aunque los Estados Unidos ostenten el protagonismo de su aplicación, es la escasa posibilidad de que la URSS no ponga en juego todos los recursos de su inteligencia, tenacidad y capacidad de concepción y ejecución para practicar la guerra de mina a fin de evitar que, dentro de diez, quince o veinte años, China sea una auténtica amenaza al sumar su potencia a la del mundo occidental, cuya unidad en lo que a Europa occidental atañe se persigue afanosamente. Por lo pronto, el Tratado de Amistad y Cooperación rápidamente negociado entre Moscú y Hanoi es medida adoptada con vistas a un eventual conflicto chino-soviético, por cuanto China se vería obligada a combatir en dos frentes, uno de ellos el nada desdeñable frente vietnamita, como se puso de manifiesto con motivo de la «lección» que le quiso dar a su vecina, que por cierto no ha modificado un ápice la

<sup>20</sup> Tal sucede en Rumania, donde la apertura hacia el exterior se ha venido compaginando con una rigurosa aplicación interna de los principios del comunismo.

<sup>21</sup> Al parecer, China Popular no se ha mantenido al margen de la lucha de los exiliados ugandeses y Tanzania contra el régimen de Amin Dada.



situación en el sureste asiático. Vietnam sigue vinculado a Moscú y no ha soltado la presa camboyana. Por consiguiente, Hanoi está en condiciones de crear la Federación de pueblos de Indochina—la antigua Indochina francesa—bajo su dirección. Pero al margen de consideraciones jurídicas y éticas, el conflicto chino-vietnamita ha tenido el inconveniente de que, lejos de paralizar la actividad de la URSS en Asia, ha dado pábulo a los recelos soviéticos por una China militarmente al día y dotada de un auténtico potencial económico. Aparte de que, sin consultar con sus nuevos amigos, China ha tomado una iniciativa, que podía comprometerlos en una dinámica política en la que China ha parecido tener la libertad de dirigir los acontecimientos.

Sin duda alguna, es imperiosa necesidad para el mundo occidental, si quiere sobrevivir libremente, poner coto al expansionismo de la URSS en Asia, el Indico, el Mar Rojo y Africa, habida cuenta de su implantación, por gobiernos comunistas o neocomunistas interpuestos, en Vietnam, Laos, Camboya, Afganistán y Etiopía, mientras que Tailandia, Malasia e Indonesia se preocupan de su avance por el golfo de Siam, la revolución islámica descoyunta a Irán y Turquía plantea el interrogante de su futuro.

De hecho, no es tanto la guerra en el sentido estricto de la palabra lo que constituye la creciente amenaza al mundo occidental, sino el cerco puesto a una economía que se nutre de materias primas importadas de otros continentes, ello combinado con la práctica de una labor de zapa realizada en todos los países y facilitada por la crisis socioeconómica occidental. Cabe dudar de que la fórmula adoptada para borrar del horizonte la borrasca que en él apunta sea industrializar, desarrollar y armar a China Popular, pues no hay que desechar, sin más, la posibilidad de que, en el momento que estime oportuno, prescinda de los países capitalistas—incluido Japón—para ir a su aire revolucionario, un aire que entraña un afán proselitista y se traduce en expansionismo, imperialismo y hegemonismo. Este parece ser el signo fatal de todas las ideologías, sean de índole política, social o religiosa. Por tanto, el riesgo apuntado no es mera hipótesis. El antecedente de la ruptura de China con la URSS y la mantenida hostilidad entre esos dos países invita a serenas reflexiones y a la prudencia. Pero aun en el caso de mantenerse China fiel a los términos actuales de cooperación con el mundo occidental, luego vinculada a ese mundo occidental, ¿quién puede asegurar que la URSS, aprovechando posibilidades militares originadas por la desigualdad de fuerzas, no decida impedir que aumente el peligro que

significaría para su seguridad un país de 800 millones largos de habitantes, dotado de gran industria y moderno ejército? Aun logrando mantenerse al margen del eventual choque armado, ¿saldría el mundo occidental fortalecido de semejante conflicto? Y la posibilidad de ese choque frontal puede tanto menos descartarse cuanto que Moscú pretende ser el centro del movimiento revolucionario mundial, a despecho de que, amable y diplomáticamente, no cese de proclamar la igualdad entre todos los partidos comunistas. A este firme propósito de Moscú de mantenerse *primus inter pares* China se opuso—fue una de las causas de su ruptura con Moscú—y se sigue oponiendo. Cuando menos pretendía ser tan líder de la revolución como la URSS, haciendo realidad la visión de futuro que expresó en 1954 la viuda de Sun Yat-sen con motivo del aniversario de la Revolución de Octubre: «La gran Unión Soviética y nuestra China, como dos gigantes que, cogidos de la mano, hombro contra hombro avanzan hacia la victoria.» Para la URSS sólo hay países enemigos o supeditados. China se negó a estar supeditada. En la actualidad, de dar crédito a la propaganda china, el único adalid ortodoxo de la revolución es China Popular; libre de la contaminación «revisionista» y el «social-imperialismo» avanza a solas hacia la victoria.

¿La victoria? El término entraña idea de predominio con todas sus consecuencias, que es superfluo enumerar, voluntad de predominio que es raíz de cuantos conflictos latentes o declarados se dieron, se dan y se darán mientras existan seres humanos en la tierra. A despecho de las apariencias de soberanía e independencia de diversas naciones, desde el final de la II Guerra Mundial el conflicto se ha reducido al antagonismo entre los Estados Unidos y la URSS, a sea una bipolaridad encubierta con el eufemismo del enfrentamiento entre el Oeste y el Este. La pugna no se ha saldado con un empate entre las dos superpotencias, una vez superada la etapa de «guerra fría» y afinamiento en la denominada «détente», que no siempre se corresponde con la realidad de acontecimientos marginales. Pero insensiblemente la bipolaridad se ha ido convirtiendo en tripolaridad. La actual política del mundo capitalista con China Popular desemboca en la consolidación de la tripolaridad, quedando a cargo de una potencia comunista asiática el tercer término de la incógnita internacional. A ese tercer término se le asigna el papel de valioso partícipe en el mantenimiento de la paz y la seguridad por asegurar el equilibrio entre vértices contrapuestos. De ahí el esfuerzo para que China llegue a estar en condiciones de disuadir el elemento más inquietante del triángulo internacional, por estimar que el desarrollo económico y

bienestar social son garantías de aquietamiento de las ínfulas revolucionarias. Porque la idea básica de la nueva política iniciada en orden cerrado por los países del mundo occidental es que la prosperidad pondrá término a «esa especie de guerra civil a escala mundial que es la lucha ideológica», en criterio de Brzezinski. Paradójicamente, he aquí que el mundo occidental hace suyo el concepto marxista del fundamento económico de todo conflicto, ello con el propósito de aniquilar la capacidad operativa del marxismo-leninismo que la URSS abandera. Con tal fin, acude sin reservas en ayuda de China Popular, que no hace dengues para recibir tal ayuda<sup>22</sup>. Sin embargo, por mucho que pretenda discurrir por «la vía china hacia el socialismo», China Popular no deja de inspirarse en el marxismo-leninismo con injerto de maoísmo, del que ha conservado lo esencial, aun desechando lo espectacular secundario y nocivo para la buena marcha del país, como demostraron las sucesivas experiencias emprendidas en tiempos del «Gran Timonel»: las Cien Flores, el Gran Salto hacia adelante y la Revolución Cultural. Es decir, que en la lucha entre dos adversarios semejantes y enfrentados, el mundo occidental ha tomado partido por uno de ellos, cual si ambos no fueran de hecho sus adversarios.

La opción recuerda la de los aliados occidentales durante la II Guerra Mundial al colmar de ayudas de toda índole—los Estados Unidos al frente— a la URSS en lucha a muerte con el III Reich. Gracias a esa ayuda, la URSS contribuyó decisivamente a la derrota de la Alemania nazi; pero apenas acalladas las armas, los occidentales se percataron con asombro y temor de que el lugar del aliado soviético lo ocupaba un potencial adversario. Con alternativas de inquietantes borrascas y frustradas esperanzas de bonanza, la situación no ha variado sustancialmente desde hace más de tres décadas.

En suma, si el mundo occidental tiene el voluntarismo político de mantenerse a salvo de la expansión soviética, quizá no sea lo más prudente perseguir ese objetivo dando auge a China Popular. Una nueva superpotencia comunista allá por los años dos mil, una China Popular que, por su desarrollo y demografía pudiera no sólo volverle la espalda al mundo capitalista, sino hacerle frente, no es hipótesis totalmente descabellada. La historia de las relaciones chino-soviéticas, desde sus albores, a raíz del Primer Congreso del Partido Comunista

<sup>22</sup> Para reconstruir la economía y ponerla sólidamente en pie, Lenin señaló que «es imposible hacerlo con rapidez sin instalaciones y maquinaria provenientes de los países capitalistas. Con tal de lograr esta reconstrucción, no nos importa la ganancia excesiva que puedan obtener los capitalistas» (VIII Congreso de los Soviets de Rusia, 1920).

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

chino en 1921, pasando por la luna de miel de 1953-56 y hasta la ruptura «ideológica», consumada en vísperas de la Revolución Cultural, invita a no confiar excesivamente en los esquemas de futuro optimista establecidos por teóricos, sean estos gobernantes o miembros supuestamente más realistas de la Trilateral<sup>23</sup> y, asimismo, a no dejarse obcecar por las ventajas de orden económico que brinda en lo inmediato la formidable apuesta que ha hecho el mundo occidental.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

---

<sup>23</sup> Según *La Croix*, de París: «La Trilateral es una comisión internacional de dirigentes económicos y políticos de los países capitalistas desarrollados. De hecho tiene por objetivo perpetuar el equilibrio actual organizando la división internacional del trabajo».

## *NOTAS*

